
Mis cadáveres

Carmen Boullosa

(Escribo este párrafo al terminar de redactar las páginas que siguen. Empecé una aventura de conocimiento sobre mi persona, sobre la formación de mi cuerpo, tomando como espejo algunos cadáveres con los que tuve relación en mi infancia y adolescencia. No son páginas folklóricas, si alguien quiere ver aquí calaveras de azúcar, catrinas sonrientes o altares de muertos cubiertos de velas y cempazúchitl, será prudente que busque en otro sitio. Son ciertas memorias tocadas, despertadas por mis preguntas adultas. En ellas he hecho con mi persona lo que como novelista acostumbro practicar con mis personajes. He seguido unos pasos, indagando, intentando explicar qué los mueve, dónde están los resortes de esos actos y sentimientos, y, sobre todo, describir lo que va ocurriendo. Ni he alterado, ni he forzado una ruta: solamente he mordido esos pasos con mis ojos, y he intentado entenderlos. Lo mismo ocurre con el personaje de una novela. No lo fuerzo: lo veo actuar. Él responde a un motor que yo no gobierno, que no es el destino sino otras fuerzas: la trama, su mundo, su atmósfera son espejos y representaciones de una verdad poética. La vida no tiene esta cualidad, el destino es caprichoso —cierto y peca de lugar común—, hace lo que le da la gana. Pero las personas, como los personajes, responden a una lógica, sus motivos y pulsiones tienen razón de ser, y fueron estos los que intenté olfatear en estas páginas. Para ello me revisé, como a un bolsillo me sacudí para ver qué restaba adentro, me exploré y articulé lo que vi. ¿Me gusta haber pasado por esta experiencia? ¿Me alivia, me hace más ligera, me ha hecho más feliz, me siento en algo liberada? ¿O me pesa, me ha disgustado, ha sido un pasaje incómodo? Ni una ni otra. ¿Prefiero el papel de personaje literario o ser el puño invisible que observa y dicta en otros? Prefiero sin duda el papel de autora, el de quien trabaja con los personajes: espátula, escalpelo y lupa en mano. Los personajes sienten la espátula, el escalpelo y la lupa corriendo sobre su cuerpo. La espátula es de metal, el escalpelo corta, la lupa quema y el cuerpo los resiente. Elegí

intuitivamente un punto, un foco para avanzar. Hago el recuento de los cadáveres con los que tuve contacto para caminar hacia mi cuerpo adulto. Estoy por cumplir cincuenta años, en la orilla de una nueva etapa de mi vida. Mis hijos son casi adultos, mi cuerpo comienza a dejar la primera madurez para alcanzar una segunda que, si acaso no será más esplendente, por lo menos tendrá más kilos a bordo y menos ansiedades y torpezas. Con estas páginas viajé por mi juventud, mirándola a la luz de ciertas aventuras interiores de mi infancia. “Juventud, divino tesoro, ya te vas”, y decirlo me alivia más que lo que adelante he escrito. No temo en el futuro la vejez, lo que temí fue abordar mi cuerpo de mujer. Aquí explico la naturaleza de ese abordaje, de ese temor, y me despido de él:)

¿Cuál fue el primero? Los insectos que pegábamos con cera de Campeche en el fondo de cajas de galletas, después de haberlos aturdiendo con éter, son lo que salta a contestar mi pregunta. La mariposa amarilla con pintas negras, el abejorro gordo de los mismos colores, el saltamontes, el grillo, el escarabajo: entre uno y otro ejemplar no mediaba más de medio centímetro. No era válido repetir la especie y había los que traían historia. La parda y enorme mariposa nocturna —parecía tener ojos abiertos sobre sus enormes alas— que ocupaba más de un cuarto de caja, nos aterrizó varias noches revoloteando ruidosa de una esquina a otra del cuarto hasta que la encontramos de día dormida en un doblez de la cortina y la atrapamos sin darle tiempo a despertarse. Si hubiéramos comparado nuestra mano con su cuerpo puede que hubieran medido lo mismo. El abejorro había vivido merodeando las macetas de la terraza que daba al cuarto de las niñas, sin que nos atreviéramos a acercárnosle, hasta que un día comenzó a agonizar de tanto comer y beber. Lo recogimos del borde de la jardinera, todavía temiéndolo, y le aplicamos el éter que tal vez ya ni falta hacía. Ninguno de los que vivían en las cajas de galletas carecía de anécdota, aquel bicho había caído bajo un vaso en el barandal de la cocina, la araña de cuerpo rojizo era un hallazgo en el pasillo del cuarto de nuestros papás, etcétera, pero una verdadera historia sólo la tenían unos pocos. Digo que estos cadáveres son los primeros que saltan a contestar ¿cuál fue el primero? Pero varios años atrás ya estaban las tortugas traídas de Tabasco a la terraza de casa de mi abuela, mi Mami, para la sopa y el estofado, y entre tortugas e insectos estaban los patos y las gallinas. Todos estos, más un par de conejos (que, como los patos y los pollitos, habían caído en nuestras manos por el camino de la kermés o de la feria, premios de

tómbolas, rifas, juegos de canicas o de tiro al blanco, deambulaban por la casa, impuestas mascotas temporales) eran pasados a cuchillo después de haber tenido un relativo trato con nosotros. Sus días paraban en los guisos de Inés, la cocinera de mi casa o en de los de la Mami. Nos comíamos a nuestros cadáveres, con mayor o menor conocimiento de causa, con mayor o menor repugnancia o placer. Algunas veces encañados del todo: ¿cuántos moles o pipianes no fueron vestimentas comestibles de animales que habían “desaparecido”? Si las sacaban de la terraza, las tortugas se enterraban en el jardín, y no había modo de encontrarlas hasta que a ellas les daba la gana. Pero los patos, pollos y conejos se esfumaban sin explicación apenas pesaran un par de kilos.

Un pollito murió demasiado tierno para acabar en la cazuela. Alguien le prensó el cuello con la puerta de la cocina cuando todavía era rubio, un bebé pollo: quedó con la cabeza mirando hacia atrás, piando su dolor estridente. Cuando esto pasó, ya era yo adolescente y Hanna, mi amiga —que tenía vocación de médico—, lo degolló para que dejara de sufrir. Lo enterramos en el jardín, con gran ceremonia. En el entierro participé activamente, escribí los versos de la lápida de cartón, excavé el hoyo. De la decapitación no quise saber ni pío. Pero este pollo es muy posterior a los otros cadáveres que aquí enumero.

Mucho antes que él, llegaron los cangrejos, un aparte porque no se podía socializar en ninguna medida con esos seres apestosos. Huelen fuertísimo. De adulta, ya nacida mi hija María y embarazada de Juan, compré unas docenas en el mercado de Villahermosa, y cargué con ellos en el avión hacia la Ciudad de México. Los acomodé bajo mi asiento, en dos cajitas idénticas a las que los portaban cuando yo era niña. La azafata rastreaba la proveniencia del olor, intentando averiguar dónde estaba el pañal sucio. No confesé mi pecado, porque no tenía sentido, para qué, igual íbamos a aterrizar con ellos. Mi único consuelo era saber que el viaje de Villahermosa a la Ciudad de México no dura más de una hora (consuelo ante el hedor nauseabundo y la vergüenza que me daba cargar con ellos y castigar tan malamente a los demás pasajeros). ¿Cambiaría algo las cosas confesar que yo era la culpable de la pestilencia? La azafata no hubiera abierto la ventana para arrojarlos afuera, así todos los ahí presentes tuviéramos ganas de hacerlo.

Huelen en verdad, no discretamente. Fue hasta ese viaje en avión que comprendí la magnitud de su peste. ¿Cómo no me di cuenta antes? Los cangrejos eran parte de la constante mercancía “importada” por mi

abuela a la Ciudad de México en cajas de cartón, cada una amarrada con mecate, que íbamos a recoger a la estación de autobuses ADO, Autobuses de Oriente. Con ellos llegaban las tortugas que ya mencioné y una mercancía muy variada: frutas frescas, negras conservas en frascos (icacos, nanches, orejas de mico —que eran papayas verdes, con aspecto de cazuelitas y crujientes), ostiones en escabeche sellados al vacío, en un caldillo de vinagre blanco con especias y hierbas, zanahoritas y chiles, queso de Chiapas envuelto en celofán rojo, muy oloroso, que le poníamos a la sopa de fideos, bolas de queso holandés y mantequilla en lata azul que había cruzado el océano antes de entrar por Chetumal, el puerto libre, y viajar vía Comalcalco-Villahermosa a México.

Apenas cazaban los cangrejos, con tiras frescas de papiro les amarraban las manos, y los acomodaban en cajas de cartón pequeñas con la intención de que no se asfixiaran. Era imprescindible asegurarse de cocinarlos vivos, y corroboraban su estado al desamarrarlos, antes de echarlos a la enorme vaporera honda y brillante, de aluminio bruñido, la misma en que mi abuela cocía por horas los tamales. La tapa sellaba la enorme olla alargada. Ya llena de bichos, echaban agua por la boquilla aplanada y ancha del costado inferior.

En el momento en que tía Luz, la cocinera, encendía la hornilla, las manos de los cangrejos comenzaban a rascar el metal. Ahora que lo recuerdo me parece espeluznante, pero entonces no, casi lo contrario: oír a los cangrejos intentar escapar mientras los cocinaban vivos, era el sonido del regreso al orden.

Porque en la carretera a Comalcalco, después de muchas horas de viaje —primero llegábamos a Villahermosa, de por sí distante de la Ciudad de México, pero como aún no había puentes, se cruzaban en lentas pangas los ríos—, al anochecer, casi al llegar, con las llantas del coche en movimiento planchábamos decenas o cientos o miles de cangrejos, y ése sí que me parecía un ruido escalofriante.

Al caer la tarde, millares de cangrejos corrían al mar, y en algunos trechos cruzaban la estrecha carretera. La primera vez que oí sus caparazones tronar bajo el peso de las llantas, el ruido me despertó. Era un ruido hostil; pregunté asustada qué era, y mi abuela me respondió: “es la mata de cangrejos, Carmelita”. Me asomé por la ventana del coche y traté de ver la vegetación en la poquísima luz que los faros proyectaban a los lados. Mata, arbusto, planta, en eso pensaba. ¿De cangrejos? El mundo estaba lleno de sorpresas. Volví a preguntar, y escuché la mis-

ma, idéntica contestación. Me volví a asomar, por más que busqué, no vi a ninguno de los dos costados de la carretera nada que me pareciera una “mata de cangrejos”. Insistí: “¿qué es ese ruido?, ¿qué suena?” “Son los cangrejos que bajan al mar en la noche”. ¿Bajan al mar? ¿Vi- niendo *de dónde* bajaban al mar? Como en el coche el quebradero de caparazones retumbaba a diestra y siniestra, era difícil identificar su fuente, al volver a asomarme miré hacia arriba, creyendo que el ruido vendría del techo y fui bajando los ojos. Al tocar con ellos el elusivo asfalto, intuí los cientos de cangrejos cruzando la carretera, y nuestro coche pisándolos. Digo “intuí” porque era la hora cero, no había mane- ra de ver gran cosa. Con los ojos había ayudado al oído a entender de dónde brotaba el ruido.

Nosotros estábamos invadiendo el territorio de los cangrejos. Ellos eran los dueños de ese trecho de la tierra, con los micos, las serpientes y quién sabe cuántos otros animales, los que producían el ensordecedor alboroto que había escuchado al anochecer y al amanecer, cuando nos quedábamos a dormir en la casa de unos familiares a la orilla de la playa. Pero esto era distinto: estábamos adentro de su territorio, pisába- mos lo mismo. Retiré la cara de la ventana porque lo que había creído ver me daba ansiedad. Teníamos que dejar atrás este asfalto cubierto de cangrejos cuanto antes. No podíamos detenernos porque se nos subirían. No podíamos esquivarlos, no había cómo. No podíamos bajarnos del coche: nos destrozarían con las tenazas. Era *escalofriante*. Me refugié en el fondo del asiento, oyendo a mi abuela charlar con Gustavo, que iba al volante. No paraba de hablar y el ruidero de los cangrejos parecía no asustarla. A mí me tenía aterrorizada. Yo no podía ni siquiera abrir la boca para pedir auxilio, preguntar siquiera si faltaba mucho por llegar, pedir que corriéramos más rápido. El coche avanzaba con exasperante lentitud. Quebrábamos a los cangrejos, como a vidrio, a nuestro paso, y yo sentía que nosotros nos quebrábamos, quedaba demostrado que no éramos amos y señores, que no controlábamos nuestro entorno, que nosotros éramos los frágiles, no los bichos hechos papilla a nuestro paso. Los cangrejos ganaban la partida, nuestros enemigos, nuestros vencedores. Cuando llegamos a Comalcalco, lloré un buen rato, a voz en cuello, no quería que apagaran la luz de mi cuarto. Tenía mis razones muy fuertes para temer la noche.

Ahora —meses después del viaje a Comalcalco, antes de que naz- ca mi hermana María José, tengo cuatro años— cocemos a nuestros

enemigos. Las manos de los cangrejos suenan como uñas que arañan las paredes de la vaporera. ¡Tanto mejor! Pronto sólo quedará el silencio. Yo lo espero sentada en la cabecera de la mesita rectangular del pequeño antecomedor, frente al refrigerador abullonado IEM de los años cuarenta. Se acerca la hora cero y estoy ya en la oscuridad. En la cocina oigo a mi abuela hablar sin parar sobre el arañar de los cangrejos. Entre la cocina y el antecomedor hay un vano estrecho. Desde mi silla se ve la enorme tamalera sobre la pequeña estufa blanca, pero mi abuela queda fuera de mi vista. Estoy recordando la carretera y su marea de cangrejos, y comparo los sonidos (las tenazas en la tamalera, el tronar de la queratina bajo el coche, la voz de la Mami aquí y allá. Siento algo parecido a la victoria: ahora nosotros gobernamos. Por un instante soy intensamente feliz, plena felicidad de una arrogante que se cree a prueba de todo. Pero no me detengo en este sentimiento más de un instante.

La luz de la tarde se está yendo a pasos agigantados. Los cangrejos pierden vigor adentro de la ardiente vaporera. La voz de mi abuela parece también retirarse. Todo a mi alrededor se apaga, pero no yo, no yo. Siento intensamente algo que no sé qué es.

Estoy sentada sobre mi pie, la pierna doblada en el asiento. Así he conseguido quedar lo suficientemente alta como para extender en la mesita mis brazos, y tenerlos frente a mis ojos. Es tan intenso lo que siento y que no sé cómo nombrar, que me sujeto a la mesa firmemente, con los diez dedos me agarro a la orilla con delgado filo de aluminio, y lo hago con tanta fuerza que me lastima. Aprieto más y más, y siento; y lo que siento queda enmarcado por el dolor en mis dedos. Siento con toda intensidad eso que no sé qué es, que creo, ahora que le estoy poniendo nombre, es mi piel, mi borde. Todo me queda lejos, todo se está alejando más: las cercanas paredes oscuras, la luz del día, mi abuela, el casi inaudible arañar de los cangrejos. La voz de mi abuela suena aún más lejos, como si ella también, como la luz, como los cangrejos, se apagara.

Pero yo no me apago. Sigo apretando los dedos para darme seguridad. Además, al hacerlo, subrayo lo que estoy sintiendo, mi borde, mi piel, el límite frente al mundo de mi persona.

De golpe he comprendido que yo acabo en mi piel, que irremediablemente yo termino en ese límite. En esta doméstica versión de la hora cero tampoco mis ojos ven más allá de mi nariz, ni mis oídos escuchan ya ningún arañazo, y casi nada a mi abuela.

Yo atenta sigo sintiendo esto que he descubierto, sin saber si me gusta o no, si es o no soportable mi conocimiento, incómodamente asombrada. Acabo en mi piel, estoy separada, rota de los otros. Aprieto más la mesa con los dedos, más a mí misma contra el pie en que estoy sentada: toda soy mis bordes. Las cercanas paredes altas casi parecen tocarme.

La Mami se afana en la cocina, haciendo no sé qué. Deseo llamarla y abrazarla, pero no lo hago, temo que aun abrazándola continúe sintiendo esto que me ha sido revelado. Me agarro todavía con más fuerza al borde de la mesa, siento el borde casi cortándome ya los deditos. La puerta de la cocina que da a la terraza se abre, oigo el balde metálico de agua apoyarse en el piso. Es Felipa en su guerra perpetua: trapea del amanecer al anochecer todos los rincones, para que la casa esté siempre limpia como una pátina de altar.

Un segundo después del sonido del balde de agua, alguien a mis espaldas entra al antecomedor, y dice: "¿por qué en la oscuridad?". Giro la cabeza y veo una mano en el apagador de la luz, encendiéndolo. Su voz y la luz rompen mi estado de alerta. Hablo, me asombra oír mi propia voz. Mi voz sale de mí y toca mi alrededor. De nuevo estoy en contacto con el mundo.

Esa pompa de la conciencia acaba de reventar, aliviándome ("¿por qué en la oscuridad?", ¿para qué preguntármelo a mí, que no alcanzo por más que alce mis brazos la altura del switch?). "¿Por qué en la oscuridad?"

Oigo esa frase, y se suelta el cordel de la alegría, me dan ganas de reír, "¿por qué en la oscuridad?". ¿Y yo por qué nunca he echado mano de ella? Cuando padecía de ataques de pánico, cuánto bien me hubiera hecho repetirla, "¿por qué en la oscuridad?" y con ella romper una jaula de índole parecida a la que percibí esa noche. Pero nunca la usé, nunca la traje a cuento. No la había vuelto a traer al presente hasta ahora que recuerdo la muerte de esos cangrejos y la aparición, en las tinieblas de la cocina, de mi piel.

Aquella tarde, la frase mágica hizo la luz y apagó mi conciencia: como si eso que yo sentía requiriera distancia de la luz y de la lengua. Mientras triunfábamos sobre los cangrejos, gobernándolos, mi conciencia reemplazó al simple sabor de una victoria cruel con el de otra. Otra igualmente cruel, porque al vencer a Natura yo resultaba la vencida, la derrotada por la certeza del borde, del límite de mi persona. Porque esa

conciencia era todo menos triunfante, no era la voz de un gobierno sino la de lo que no se puede gobernar. ¿Por qué el sonido fúnebre de los cangrejos, y el caer de la tarde me dieron ese conocimiento de mí misma? En el pequeño antecomedor se me había abierto un universo: el de sentirme intensamente separada de los otros. Piel, yo llamaría piel a esa experiencia. ¿Por qué ese día me convertí en mi piel?

Aventuro una explicación sobre por qué no recuerdo haber tenido conciencia del olor de los cangrejos, como ignoré cuánto hedían hasta que viajé con ellos en un avión veintiséis años después; creo que el olor me cercó y me convirtió en un aparte, que fue no estar alerta del intenso olor lo que me acorraló en mí misma, lo que me llevó a mi límite, a mi piel. Era como si antes de esto yo hubiera vivido derramada en los demás. Para “cercarme” no bastaba saberme en mi piel, este conocimiento no era lo suficiente para hacerme separada de los otros, porque recuerdo un momento preciso previo en que también fui mi piel sin experimentar lo demás.

Ya lo mencioné de paso páginas atrás. Debí haber sido muy pequeña, por el incidente que tuvo necesariamente que precederlo. La Mami me tenía en los brazos para “lavarme la colita”, uso su expresión, literal. Me cargaba con su cuerpo inmenso —nunca dejé de percibirlo inmenso, ni cuando, al final de su vida, se encogió; así la vieran mis ojos más baja que yo, no podía evitar sentirla grande como una giganta—, vestida con su bata blanca del laboratorio, me llevaba en vilo con un solo brazo. Con el otro, me doblaba las piernas, acomodándolas para que no se me mojaran los calcetines. Yo traía zapatos de trabilla, negros. Me encantaría recordar que fueran rojos, porque siempre quise unos zapatos rojos. Bajo la llave abierta del grifo en el lavamanos blanco y pequeño de su baño, puso mi “colita” y la lavó. El agua tibia y sus manos me dieron un placer enorme, un placer genital. Cuando me retiró del agua, abrazada firmemente a su brazote le pedí: “más, Mami, más”. Ella me contestó, sin darse cuenta del trance en que yo estaba “ya, ya está limpia tu colita, Carmelita”.

Lo recuerdo como si fuera ayer, y estoy segura de que soy mucho menor a la que apretaba los dedos contra el borde de la mesa en el antecomedor por dos motivos: me sentaba en mi pie para hacerme más alta y alcanzar a reclinar el cuerpo a ratos en la mesa, pero también me sentaba en mi pie para sentir bonito, ya conocía esa sensación, me acompañaba a menudo y sin ninguna ansiedad de ella, y, dos, porque si no,

por la intensidad de la sensación que me cayó encima mientras caía la noche y los cangrejos rascaban la vaporera, de haber sido aún frágil el control de mis esfínteres, sin duda me habría orinado. Me hacía pipí cuando sentía una emoción intensa, como una vez que recuerdo perfecto en la ronda del patio de la escuela.

Iba yo al Margarita de Escocia, que estaba donde ahora el Hotel Presidente Chapultepec. Era la escuela del Opus Dei, pasaron por esas negruras mis papás. Era la mañana, había una luz pálida y tierna, y formábamos un círculo para cantar. No sé qué me conmocionó, pero recuerdo que algo me sacó de mis cabales, y de inmediato sentí el calor resbalando por las piernas, el humillante charco bajo mis calcetines y los zapatos blancos empapados. La “miss”, la maestra, me reprendió frente a todas, y sentí una humillación que sólo puedo equiparar a muy pocas, tal vez sólo a una: cuando un colega me colmó, por e-mail, de insultos cien por ciento inmerecidos. Mi incontinenencia de tres años y la incontinenencia e iracundia inexplicables de otro al que, de pronto, yo resultaba incómoda —por antipatías que he despertado en otros, para las que tengo explicaciones: en México todas mis virtudes son defectos— quedan en mí emparentadas. Me alivia escribirlo, un accidente calma al otro, aunque no tengan en sí ninguna relación. Acepto que la orina es inaceptable, pero de las cóleras ajenas no tengo ni responsabilidad ni gobierno. Los dos recuerdos tienen un punto ardiendo en común: la tribu me manifestaba su repudio.

Volviendo a mi primer recuerdo de placer genital, bajo el chorro de agua, en los brazos de mi abuela, diría que también tuve un cierto nivel de conciencia de mi piel, pero que el placer fue tan grande que me asimiló al agua, al brazo de la abuela, a su bata blanca y a su persona. Por el placer yo formaba parte de lo que me rodeaba.

Esa primera sensación genital fue a su manera una verdadera orgía. El placer no me recogía: me volcaba sobre mi abuela. Sentir no me sumergía en mí misma, me hacía ser del mundo, me permitía entregarme. Estaba en sus brazos, protegida. No formaba parte de ella, pero el placer no me separaba, me incorporaba a los otros. En cambio, al oír a los cangrejos morir mientras anochece, mi pie apretado contra mi vulva, lo que siento me aleja del mundo. Mis dedos se sujetaban a la orilla cortante de la mesa, buscando lastimarse, porque el dolor era lo único que podía retenerme. Lo demás no me asía, no me tomaba, no me abrazaba: me difuminaba. Mi piel me borraba de los otros, me forzaba a

una aventura hacia adentro de mí, a territorios que yo no tenía gana ninguna de conquistar a los cuatro años.

Los cangrejos serían mis prisioneros en la vaporera ardiente, pero su olor me había hecho conocer que yo era la prisionera de mi cuerpo. Su olor me cercó, era tan intenso que me separó, me marcó. Los cangrejos triunfaron. El olor lo invadió todo, y no entró en mí, me señaló como un aparte. Eso por un lado, pero insisto en que creo que también mi conciencia fue provocada por la ilusión de control, de gobierno, a la que ya hice mención: saber a los cangrejos adentro de la vaporera en lugar de verlos y oírlos correr libres hacía el mar, me hizo por una parte la victoriosa, pero esa victoriosa portó la conciencia como corona de laurel. Sería que yo los había vencido, pero tampoco podía yo escapar. Estaba adentro de mí misma, tan encerrada como ellos. Veintiséis años después, en el avión, la peste de los cangrejos también me señaló: yo era la responsable del malestar colectivo. O la irresponsable —si se prefiere— que traía la carga fétida.

Lo había hecho involuntariamente, no tenía idea de que olieran tan mal, y no los documenté como equipaje para que no se murieran con los cambios de presión. Pensé que irían más seguros conmigo arriba. A fin de cuentas, eran viejos conocidos, casi de mi familia. Del mercado habíamos pasado corriendo al hotel por nuestras cosas y, abordando de un salto el avión, no tuve oportunidad de percibir su olor. Como dije ya, no recordaba ningún olor, no quedó fijado en mi conciencia de niña. Llevaba conmigo, también, aunque documentados como equipaje, los icacos, mameyes, pejelagartos ahumados que mi abuela no importaba nunca porque los despreciaba por plebeyos: eran platillo de pobres. Tortuga no encontré, ya casi no quedaban, el deterioro ecológico de Tabasco es un escándalo. Entre el petróleo y la ganadería han arrasado con el bosque tropical. Veintiséis años después, también yo gobernaba la situación porque yo era la hacedora, así fuera involuntaria. Yo perdía de nuevo, yo nos infligía en el avión un tormento de peste inaguantable. Pero en esta ocasión no caí por esto en mi piel, nada de eso. Tampoco recordé el atardecer que aquí he relatado. Venía embarazada de mi Juan, al lado de Alejandro, el padre de mis dos hijos, llena de vitalidad y alegría. Eran nuestros mejores años juntos, y fueron muy mejores. Habíamos llevado una obra de teatro que escribimos juntos (Alejandro era el único actor, una obra cómica, *X-E-Bululú*, tuvo buena fortuna, nos dio de comer varios años) al teatro María Teresa

Montoya. La obra no gustó, ni siquiera cayó bien. Nosotros estábamos envanecidos, creyéndola monedita de oro, pero no. Sería oro, pero no en Tabasco ("Ven, ven, ven. / Ven, ven, ven./ Vamos a Tabasco / que Tabasco es un Edén", decía la letra, no muy imaginativa, de una canción que estuvo de moda en mi infancia). Nos habíamos envanecido, porque no vimos que la obra no era apropiada para ese teatro. La creíamos cualquier cosa, por arrogancia, y no era un comodín, un jocker: era lo que era, una obra deliciosa de cabaret que podía ser representada en teatros de cámara porque el trabajo del actor era simplemente delicioso, pero el *bululú* se desmoronaba en cuanto pieza "seria". Ese fracaso profesional no me dolía un ápice. Yo, embarazada, feliz, me sentía el Mundo. No exagero. Cierta nivel de ansiedad que tuve en el primer embarazo no estaba presente. Yo sabía que no perdería mi cuerpo irremediablemente, yo sabía lo que me esperaba, a nada había que tenerle miedo, que no fuera a los malos ginecólogos. Esta segunda ronda era, como ocurre con las experiencias artísticas, mucho más disfrutable. Perdida la sorpresa, me esperaba la dicha.

De niña, oyendo a los cangrejos rascar, yo era, como he dicho, piel. Embarazada de mi Juan a los treinta años, yo era tanto cuerpo como es posible imaginar, la mayor dosis posible en una persona. Vivía un pasaje erótico de nueve meses. No diez, ni cien hombres en una noche (¡Dios me libre de esa maldición!), sino la percepción de que yo era pura cuerpa noche y día: ¡cuerpa, cuerpa, cuerpa y cuerpa! Si no los nueve meses, por lo menos siete sólo se me fueron en sentir, en gozar, en oler, en percibir, en ser piel. Cargada, yo misma era una bala de placer y de vida. Y quería contar historias, escribía buena parte del día, cuando no estaba en mi teatro o conversando con amigos. Cada día tenía cuarenta horas.

Los cangrejos en la vaporera se acercan más a los insectos en las cajas de galletas que a los animalitos de los guisos. No sólo por sus respectivas capas externas de queratina, no por sus cabezas enormes y sus ojos fuera de la cabeza, no por sus largas patas con espinas, de artrópodos o rosales. Insectos y cangrejos debían ser gobernados por nosotros porque eran una amenaza. Los enormes escarabajos, las arañas, las mariposas nocturnas, los alacranes, las libélulas, los abejorros, representaban un orden opuesto al civil, contrario al orden doméstico. Era un deber mayor controlarlos. No los matábamos al guisarlos o ensartarlos sobre la cera de Campeche: los fijábamos, restaurábamos el

orden. Las mariposas, así fueran siempre bienvenidas, quedaban al lado de las arañas y los escarabajos. Eran las únicas víctimas de nuestra cacería. No les teníamos miedo. No eran una amenaza. Casi parecían al volar objetos decorativos. Eran un error en nuestras cajas de galletas. Eran el orden humano entre los insectos.

Un par de años después de que pasara nuestra manía coleccionista, mis papás fueron al Brasil a un encuentro del MFC (Movimiento Familiar Cristiano). Entre las chucherías que trajeron había algunos objetos adornados con alas prodigiosas de mariposas tornasoladas. Recuerdo especialmente un cenicero azul. Viendo su belleza, sentí hambre de cazar otra vez insectos, ya fueran repugnantes o atractivos, por el ansia de coleccionarlos. Intenté revivir nuestra afición, pero no conseguí gran cosa, no éramos coleccionistas obsesivas, lo que habíamos sido era obsesivas preservadoras del orden civilizado. Pinchando insectos sosteníamos el orden civil, defendíamos las leyes y las costumbres. No era crueldad: era civilidad.

Nuestra colección tenía un ejemplar estrella. Había caído en nuestras manos un murciélago secado al sol. ¿O era embalsamado? Nos lo regaló un cura (¿cuál?), en Huejutla, en Hidalgo, cuando pasamos ahí un año, como familia misionera. ¿En qué consistía nuestra misión? Para llevar-la-palabra-de-Dios peinábamos el área en un jeep acompañados de un tocadiscos portátil, un proyector, una batería para enchufarlos, una pantalla y varias tiras de filminas que contenían ilustraciones de vidas de santos. Era una verdadera hagiografía panfletaria. Estaba, por ejemplo, la vida de "Mambo, el niño mártir" (tras anunciarlo, ¡tiiiin!, se oía un timbre en el acetato indicando que había que girar la perilla de la filmina en el proyector, cambiar la imagen en la pantalla). En esos años, el idioma predominante en las calles lodosas de Hidalgo no era el español. Se hablaba otomí, era la lengua de mercar en el amplio mercado que se tendía frente a la iglesia los sábados. El entonces padre Lona, luego arzobispo de Tehuantepec, oficiaba en esa iglesia. Daba la misa en otomí frente a una iglesia sin bancas, la congregación sentada en el piso, a veces dándole la espalda. Era un pueblo indio, y el padre Lona respetuoso se sumaba a su orden.

Con sus alas extendidas, el pequeño murciélago ocupaba todo el largo y ancho de su propia caja de galletas Mac-ma. La caja era roja, el fondo color cartón y el murciélago con cara de ratón del tono de nuestro cabello castaño. Si no recuerdo mal, todo el cuerpo estaba cubierto de

este cabello corto, un pelambre de ratón. Las orejitas eran como de mico, de chango. Mi memoria se confunde con el área de los ojos, por segundos los recuerdo abiertos, las cuencas vacías, por momentos los párpados bajos también cubiertos de pelambre, pero dudo que los murciélagos tengan párpados. Lo cierto es que no tengo ni idea de cómo eran sus ojos, aunque los observé muchas veces, porque sabía verlo soñando. Pasé muchos ratos observando atentamente al murciélago. Lo encontraba muy atractivo, y lo usaba como una base. Lo veía, pero me viajaba mirándolo. Era mi base para imaginar. Abría la caja, acercaba mi carita a la de él, fijaba en él los ojos, y ¡adiós mundo!: me iba. A mi manera yo estaba enamorada de él.

Estábamos orgullosísimas de nuestro murciélago. Años después alguien me lo tiró a la basura junto con el resto de todos nuestros trofeos de infancia. Qué le habría costado no hacerlo, pero esa alguien estaba ansiosa por borrar con urgencia nuestra memoria de “su” casa, la casa de mi mamá. No me explico porque es un lugar común el de la lucha mujeril por el territorio del hogar, que desata aquí y allá guerras cuasitroyanas. En nuestro caso también hubo decesos, uno literal, pero si contamos los caídos diría yo que la ganadora tenía escrito en su escudo más de un muerto. En carne y hueso, tirados por la madrastra a la basura quedaron varios. Borró a los niños lo más que pudo. Pero ésa es otra historia, muy fastidiosa, y en lo que toca a mi murciélago tal vez debiera yo agradecerle de todo corazón que se haya desembarazado de él. Si no, quién sabe, tal vez viviría empacando y desempacando al murciélago en todos mis ires y venires, le tenía yo tanto aprecio... ¿Lo habrían incautado en la aduana alemana, en la frontera con San Diego o en el JFK?, ¿habría sobresalido de alguna manera de los otros tiliches que cargo como ancla portátil?

Y ella: ¿guardaba a los caídos al fondo de sus imaginarias cajas de galletas? No. Hacía cuanto podía por borrar a los niños que le estorbaban, a la de tres años, al de seis, al de nueve, a la de quince. Quería desaparecerlos.

Años después me enfrenté con un cadáver de otro tipo. Yo tendría, calculo, trece años. En clase de biología diseccionamos una rana. La abrimos viva para verle palpitar el corazón. La imagen de su corazón abierto y caminando me imantó. La habíamos dormido con éter, como a los insectos de nuestra colección. Al clavarle el bisturí en el pecho, la rana pataleó un par de veces. Pasado este momento, sus pier-

nas cayeron laxas, yertas, inertes, muertas. Nuestro bisturí abrió la coraza torácica (¿quién manejaba la navaja con tanta destreza?, ¿la maestra?) y exhibió el corazón. Se movía loco, aunque el adjetivo es injustificado y absurdo, pero en verdad se movía enloquecido, con premura, con ansiedad, a contrapelo con el destino, probablemente con ritmo, con pulso, pero cada palpitar expuesto parecía ser una convulsa sorpresa. Se movía, sí, loco, ignorante de que nosotros estábamos matando a la rana. Se movía loco, sin prestarnos ninguna atención oyendo los dictados de otras órdenes intocables, muy fuera del gobierno de nuestro bisturí, ajeno a nuestra curiosidad. Yo le toqué las piernas, sus piernas muertas, y le acaricié la piel. La respuesta fue nula. La textura de su piel en mis manos me habló: decía que la Tierra tiene una maquinaria, que ésta era frágil y a veces visible, que está conectada a algo fuera de nuestro alcance. Vi y vi y vi ese corazón, bebiendo de él lo que los antiguos sabían verles a los dioses. El corazón loco estaba en diálogo con el origen de la vida, era impermeable a la muerte.

Llevábamos batas de laboratorio, y estábamos apiñadas alrededor del cuerpo de la rana, oíamos la voz de la maestra. Creo que el grupo se sentía superior a la rana, un simple *objeto* de estudio. Pero el grupo también, lo adivino en el silencio, se sabía inferior al corazón, se sabía más frágil que ese empecinado pum-pum. Yo no me sentí ni menos ni más, la rana y yo éramos iguales. Simpaticé con el corazón vivo y con sus patas muertas. Alguna dijo que sentía repugnancia. Yo dije que me daba miedo, pero no expliqué por qué: el corazón abierto exponía mi propia mortalidad.

La herida de la rana la hacía viva a nuestros ojos. En donde no estaba herida, en cambio, estaba muerta, sus piernas flácidas caían sobre la mesa. Su abierto pecho exponía un corazón vigoroso que corría y se nos escapaba hasta que, de pronto, dejó de palpar. Un alfiler mayor que el nuestro se le había clavado y había paralizado al corazón, uno de cabeza invisible, uno que nosotras no controlábamos: la muerte. La inmovilidad me sorprendió mucho menos que el corazón andando. Me tuvo muy sin cuidado. Dejé de ver al animal. Había perdido para mí todo atractivo. Me retraje. Puse mi mano sobre el pecho. No sentí nada. Pedí permiso para salir al baño, y casi corriendo me arrojé afuera del laboratorio hacia donde no hubiera ni ranas ni corazones ni pechos abiertos ni ancas sin vida.

Ingredientes para guisos, un objeto de estudio, ejemplares de colección eran los muertos más cercanos. En todo caso, la muerte estaba en

casa bajo completo control. El cuchillo de la cocina, las tijeras carniceras, los vapores del éter y el bisturí tenían la facultad de matar, pero toda muerte restauraba el orden doméstico, era para el arte culinario o el estudio científico (aunque jamás entendí del todo en qué consistía la lección de biología que nos llevó al corazón abierto). Nada literal. Y tan no entendí que esquivé como pude la siguiente clase, donde lo que veríamos sería a un pobre conejo destazado, y era superior a mis fuerzas.

Había algunos peligros relacionados con la muerte: una mañana, doña Luz, la cocinera, lavaba la cabeza recién cortada a una tortuga. Con su reflejo último, la cabeza brincó de su mano derecha y la mordió en el pulgar izquierdo, tan fuerte, que doña Luz acabó en el doctor y su pulgar mutilado. La mordió la cabeza muerta. Seguramente le había dolido hasta la médula, pero era tan vieja que de cualquier manera sus manos parecían previamente mordidas por cuanto bicho se pueda uno imaginar. Unas manitas pequeñas, las de tía Luz, pequeñitas y llenas de arrugas y de marcas.

La cabeza muerta que había brincado ayudaba a esfumar el límite entre la vida y la muerte. No era una frontera intraspasable. Las tortugas muertas mordían más que las vivas. Que yo supiera, en casa nadie había sido mordido por una tortuga. La muerta había estado más viva que las que gateaban en la terraza.

Un día en una carretera que no merece el nombre, un camino lodoso y estrecho que recorríamos en alguna de nuestras correrías misioneras, yendo tal vez de Platón a Tantoyuca —los nombres me intrigaban, y ahora simplemente con su cosmopolitismo me fascinan—, un camión de redilas cargado de pasajeros acababa de volcarse cuando acertamos a pasar. La escena era dantesca. Los pasajeros se ayudaban unos a otros a levantarse, cubiertos del lodo rubio y batidos de sangre. Los niños lloraban. Sólo había un herido de seriedad, un viejo que mercaba miel y trozos de panal. La miel venía en botellas de leche, de vidrio grueso. Las debía haber cargado colgando del mecate amarrado al cuello de las botellas, como hacían los vendedores de miel de la región. Un mecate detenía el papel encerado con que las tapaba, y las unía unas a otras, como un racimo. Cargaba los trozos de panal —que los niños mordisqueábamos espantándoles las abejas— en una charola. El vidrio se había roto, la charola había regado la mercancía y el pobre hombre se había abierto la cabeza. Mi mamá se ofreció a atenderlo, y se separó de nosotros yendo hacia él para lavarlo y curarlo, así su única acreditación

fuera haber tomado un curso improvisado de primeros auxilios. Aquí mi recuerdo se confunde. ¿Lo curó, o no pudo hacer nada por el viejo? No lo sé. ¿Vi al viejo? Creo que sí, lo recuerdo, pero no sé si su imagen es una construcción verbal, si lo inventé para tapar algo atroz. El recuerdo de ese día está fresco, los colores aparecen tal como los vi, brillantes, tal vez más intensos, pero hay algunos trechos de esta memoria que, me parece, son recreaciones, particularmente el pasaje donde mi mamá cura al herido. Mi recuerdo es preciso, los colores brillan, los sonidos me llegan intactos, pero en el momento en que aparece el herido, cambia la tonalidad, y el silencio envuelve la imagen. Creo que lo que ocurrió fue que mi mamá lo fue a ver y no pudo hacer nada, que el mielero se rompió irremediablemente, que su cabeza se partió en dos como un huevo contra el camino. Que ahí hubo un cadáver. ¿Pero existió este cadáver?

A lo que debo atenerme es a los otros, pues este muerto es un fantasma; me quedo con los insectos, las tortugas, las materias primas de los guisos y años después mi rana de pecho abierto. Están también las uñas cortadas, esos trocitos sonrientes de luna que son como el cabello tirado en el piso del salón de belleza, una imagen inquietante. Un trozo de mi cuerpo se volvía cadáver. Mis hermanos varones, cuando eran muy pequeños, lloraban cuando los llevaban a la peluquería, yo, antes de que ellos nacieran, antes de los cinco, odiaba que me cortaran las uñas de los pies. Me amenazaban con cosas terribles para persuadirme de dejarme cortármelas. Decían que si no lo permitía, lo harían cuando yo durmiera (la idea me aterraba), porque si no las uñas se curvarían y entrarían de vuelta a mis dedos de los pies, volviéndome una monstruo. El miedo sólo hacía peor las cosas, me cazaban por toda la casa como a un animal, persiguiéndome, me amenazaban, en lugar de con arco, flecha, dardos o lanza, con los alicates en mano, y yo daba de saltos exaltados, de miedo y excitación. En cuanto al cabello... Las vírgenes de los altares, me decían, usaban cabello natural. Los curas —que en mi infancia no tenían la mala fama que hoy es *vox populi*— se los habían cortado a las monjas, y con ellos habían hecho las pelucas virginales. El cabello me obsesionaba. Cuando varios años después oí en una tienda de campaña, en un campamento de niñas scouts, que el cabello y las uñas siguen creciendo en los muertos, no me pareció extraño. Eran materia corporal a prueba del cuerpo, más resistentes, más precederos. Y estaban los dientes también. Se caían y salían otros. En

esto había dolor, y sangre, mucho más chocante que el asunto de las uñas o la peluquería, pero como éstos tenía su lado satisfactorio: uno era gratificado por perderlos. Ponía el diente bajo la almohada, amanecía en su lugar un regalo. Y estaba Mother Michael en la escuela, nos los pedía, decía que quería hacerse un collar con ellos. Yo nunca le di ninguno. Una tarde, rebuscando en el cajón del buró de mi mamá, a la pesca no recuerdo de qué, encontré nuestros dientes en una cajita. No fue el único secreto que le descubrí: otro día topé con una cajetilla de cigarros mentolados —jamás fumaba en casa— y una nocecita su envase de anticonceptivos. Esto lo guardé para mí, en cambio una compañera de salón, María Eugenia, cometió la indiscreción de contarnos que había descubierto que su mamá tomaba anticonceptivos. Hacía pocos meses había nacido su noveno hermano. Un día que estaba yo de visita en su casa (una mansión recién construida, en mármol excesivo, con detalles de un lujo desaforado), su mamá recibió una llamada de teléfono de otra mamá, que le reclamaba que su hija estuviera difundiendo en la escuela un comportamiento tan inmoral, tan poco ejemplar, que tan mala influencia podía ejercer en nosotras, las adolescentes que ya leíamos a Cortázar. Yo la vi recibiendo el regaño de la amiga, y correr al cuarto de María Eugenia, donde le plantó una regañiza ejemplar.

En ese mismo palacio oí hablar de otros cadáveres. El papá de mi amiga era entonces el abogado de la Woodrich Euskadi en México. Habíamos presentado como trabajo para la clase de español una peliculita en superocho que aunque nada tenía que ver con *Cien años de soledad*, decíamos y creíamos que era sobre ella. Fue un escándalo entre los papás, o un doble escándalo: ¿por qué nos habían dejado a leer un libro tan inmoral?, y ¿en qué diantres estábamos pensando? Nuestro video los espeluznó porque no se le entendía ni pío. Armaron frente a las monjas una pequeña contrarrevolución para protegernos.

Pero muy sin querer traje a cuento a estos congelados personajes, dignos representantes de la especie llamada "honorables padres de familia", a los que aún hoy, cuando la pornografía está al alcance de cualquier usuario de internet y las imágenes sexuales y de violencia no tienen techo en la televisión y el cine, escandaliza que sus hijos lean *Aura* de Carlos Fuentes. No, de los cadáveres que quería hablar era de los que le oí mencionar al papá de María Eugenia: "¿por qué están perdiendo su tiempo en esas tonterías? ¡Cuál *Cien años de soledad* ni que ocho cuartos! Yo he mandado matar a más de tres, yo no me ando por

las ramas". ¿Dónde estaba la moraleja de su recriminación? ¿Qué nos quería hacer comprender? ¿Que era un asesino?, a mí eso me quedó muy claro. ¿Será posible que haya querido decir esto, que nos lo haya espetado con orgullo rodeado de sus prendas de caza —la estrella era un oso polar de pie, pero había también un buen número de cabezas de otros pobres animales en las paredes—, en el estudio de su nuevo y lujoso palacio? A él sí que lo rodeaban cadáveres, y los había hecho con su propia mano: animales coleccionados en Alaska y diversos países de África, más tres probablemente honestos dirigentes sindicales.

Había otro papá afecto a la cacería en nuestra generación. Tuvo un desenlace trágico. Lo raptaron en alguno de sus viajes africanos, lo mantuvieron cautivo, y cuando regresó ya se le había botado la chaveta. Se volvió loco, abandonó a la familia, tiró todo por la ventana. Tenía dos hijas mujeres, una casa tan lujosa como la del abogado —era mueblero—, llena de mármoles y vidrios polarizados, que ocupaba una manzana completa y parecía un barco, encallado ahí por error, hecho de un material equivocado. Los animales disecados me horrorizaban. Aunque yo también tuve uno, ahora recuerdo. ¿Qué era? Una ardilla. ¿De dónde salió? ¿Del mismo cura que nos dio el murciélago? Creo recordar que sí. Fue algo pasajero, la recuerdo y se desvanece. Me veo mirando de qué está rellena en algún punto de la rota piel, pero creo que es sólo un deseo de algo que nunca hice. En todo caso, el bicho no significó nada en mi infancia, no lo asocié con las prendas de cacería, ni con las patas de elefantes donde nos sentábamos en torno a la alberca en casa del mueblero, ni con el descomunal oso polar que rugía silencioso de pie eternamente, en el estudio de dos pisos con cuarto secreto, en el palacio del abogado *prestanombres*, como oí que decían de él. Ni con los cangrejos o los conejos que nos comíamos.

Mi papá es vegetariano desde hace muchos años. Me acuerdo, aún niña, oírlo despotricar en contra de la carne. Pero no conseguía despertar mi repulsión. Tampoco la siento aquí, con mi conciencia adulta, mientras visito mis temporales mascotas guisadas. He sentido repulsión por comer carne una sola vez en mi vida: después de estar en el hospital cerca de un ser querido, cuando lo sometían a una operación de la columna. Yo di a luz las dos veces por el vientre, me abrieron para sacarme a mis dos hijos, me hicieron cesárea, pero nunca *lo pensé*, no dejé que mi cirujía me tocara la cabeza. La de Mike sí que me tocó y me horrorizó, no consigo todavía recuperarme. No soporto aún pensar que

a un cuerpo que yo amo lo estén abriendo con escalpelo, y quitándole un huesito, o un cartílago, que para el caso es lo mismo. Estaba Mike en el hospital, y yo no podía comer cuando volvía a casa. Carne, su carne, una carne que yo he amado, se volvía un objeto bajo el ojo de un cirujano. Y el pensamiento retumbaba, tocando también a la carne que pongo en la estufa... Como si someterse a la sabiduría tijeril del Dr. Babú volviera al cuerpo amado el de un animal, lo emparejara. La operación desposeía a mi amado del alma, lo cosificaba, el proceso lo convertía en un objeto que un utensilio podía cortar, zurcir... El filo que le abría las carnes me lastimaba también a mí. Carne, lo hacía ser no la del deseo, no la consciente que yo amo, sino algo no humano. Trato de poner en palabras lo que sentí cuando lo operaban y en su recuperación. Aún me afecta, cuando esto escribo, me infecta de repugnancia, no hacia su persona, sino hacia la carne animal, hacia el proceso del cirujano.

Mis papás se amaban. Vivíamos en una casa agradable, llena de luz. Nuestro mundo era feliz, y lo peor que podía pasar en casa era un berrinche mío o las ansiedades de mi papá, que eran muchísimas. Cualquier cosa lo exasperaba. Era casi un histérico. Vivía obsesionado con peligros hipotéticos, como, por ejemplo, resbalarse de la regadera y morir. Eso lo tenía preocupadísimo. Mis berrinches eran también algo sólido, contundente, gordo y notorio, y todo un riesgo.

Fuera de estos dos detalles, todo era algo muy parecido a la alegría, a la felicidad. Sobre todo para mí. Mi hermana mayor cargaba con las ansiedades de mi papá. A mí me dejaba liberada de toda carga, dispuesta a conseguir lo que me diera la gana con muy eficaces berrinches categóricamente grandes.

Hasta que murió mi mamá. La mató a los 37 el rayo de un tumor cerebral diagnosticado o, para ser más precisa, conjeturado *post-mortem*. Era 1969, no había nada parecido a un scanner cerebral.

Recuerdo perfecto cuando vi su cuerpo muerto. Era más hermosa que nunca. Yo nunca la había encontrado fea, pero tampoco nunca la había visto más hermosa. La última imagen, dormida y en paz, bien peinada, carecía de su adorable risa, pero también del cansancio y la tensión que a veces la asediaban. Tenía seis hijos, estudiaba una segunda carrera profesional, psicología, iba y venía por el mundo llena de compromisos. Se cansaba, se atoraba. No parecía estar muerta, estaba en un estado perfecto. Mi bella durmiente. No había príncipe que pudiera despertarla, mi papá no tenía el poder. Pero yo esperé durante

semanas y luego meses que despertara, no me hacía a la idea de que pudiera ella estar muerta. Esa bella no podía ser un cadáver. No era la lección que yo entonces había aprendido, no se parecía a un objeto. Seguía animada, a su manera, pues obedecía a algo que yo no podía controlar. Mis cadáveres eran objetos bajo mi mando. Yo los clavaba, yo los atesoraba, yo los controlaba. Incluso al del viejo mielero: yo lo borraba. El abuelo era un no-es. Los que coleccionaban los padres de familia eran trofeos, objetos, cosas, sus expresiones teatrales los cosificaban más, parecían hechos voluntariamente para adornar. Mi mamá tenía que despertar. Esperé, hasta que el único hombre que ella amaba, mi papá, comenzó a cortejar a una mujer que no supo traer nada parecido a la felicidad a la casa, ni para papá, ni para ninguno de nosotros, pero esa es otra historia, muy larga y fastidiosa. Fastidiosísima.

Después de mi mamá, murió María José, mi hermana, cinco años menor que yo. Tenía precisamente quince cuando murió, y yo estaba por cumplir los veinte. También vi su cadáver, arreglado y maquillado para que no se viera en él la huella del accidente automovilístico que la había matado. También la vi hermosa y en paz, en la misma funeraria, Gayosso. Tampoco podía ella ser un cadáver: yo había dormido demasiadas noches a su lado, para guardarme de mis miedos nocturnos, la había tenido demasiado cerca de mí, ella había sido mi sombra, nuestra luz, la alegría de la familia. Tenía un temperamento dulce, era un sol, siempre sonreía. La había esperado ansiosamente mi mamá cinco años. Era una bebé deseada. La mayor cargaba, como he dicho, las ansiedades de mi papá. Yo a mi manera exageraba la ausencia de esta ansiedad, y del miedo a parirme que tuvo mi mamá. Era además la consentida de mi abuela. Seducía a todos, y no dejaba que nadie me impusiera un no. María José estaba afuera de las tensiones y ansiedades, y provenía, como un ángel, de una pareja idílica. Parecía hija de la luz. Mi papá, que padecía de intensos dolores de úlcera (ahí lo más extraño de la muerte de mi mamá: el enfermo en casa era él, no ella), le pedía que le pusiera sus manitas en la boca del estómago. Se acostaba en su cama, María José apoyaba en él las palmas de sus manecitas, y mi papá decía que era su mejor medicina. No sólo para él: para todos nosotros era nuestra mejor medicina. Se nos amargó con la persecución de la mujer de mi papá. Abandonada, detestada por quien ocupaba el sitio de mi mamá, se llenó de tristezas. Pero para nosotros seguía estando cargada de esa reserva de dulzura. Y seguía respondiendo a todo, en la peor de las adversidades, con una sonrisa.

Los dos no-cadáveres de mi mamá y María José mi hermana están en la zona de confusión que media entre la vida y la muerte. No, no podía ser que no estuvieran vivas, estaban demasiado cercanas a mí como para imaginarlas, comprenderlas muertas. Y el trabajo del enterrador —el mismo estilo para las dos— las había regresado inmóviles a la vida. Eran como la cabeza de la tortuga que mordió a la tía Luz, lo muerto que está vivo. Como esa cabeza, brincaban de ahí a acá, y me lastimaban, me mutilaban. No habían muerto sin mí. Parte de mí misma las acompañaba. Durante años soñé que volvían, las veía regresar, estaban de vuelta. Sus muertes eran viajes transitorios.

Aprendía mal y a medias una lección: la gente se moría. Al morir, ¿dónde quedaba?, ¿eran ya para siempre inaccesibles? Transitaba como la cabeza de la tortuga, de la vida a la muerte, preguntándome dónde estaba la línea segura. Y no veía bien a bien dónde pararme para saber que estaba en territorio firme. Sobre todo porque comenzaba una exploración que ponía en juego la apariencia de los vivos.

Mi hermana mayor está con su novio, que es hasta la fecha su marido, en una fiesta, en un jardín en San Ángel, en Avenida de La Paz, una multitudinaria fiesta de paga. Ella está apoyada contra un muro, y cuando los descubro mi hermana me queda al frente y mi cuñado está dándome la espalda. La cara de mi hermana tenía una expresión que me volcó el corazón: parecía muerta. No sé si salió una exclamación de mi boca, de mi memoria brotó una imagen: yo ya conocía esa expresión en esa cara.

Habíamos ido de día de campo con mi tío Gustavo. Llevábamos comida, un mantel, pelotas y ganas de pasar un buen rato al aire libre. Con Gustavo esto era lo más fácil. Iba la Mami, mi abuela, él, mi mamá tal vez y nosotras dos. Era un día soleado y tibio. Él enfila por la carretera vieja hacia Cuernavaca, estaciona el coche bajo unos árboles frente a un prado sin fin, y unos pasos más allá tendemos nuestro pic-nic. Con Gustavo todo era alegre, todo era fiesta. Tiene el mejor temperamento que he conocido en mi vida. Y no es esa su única virtud.

Aquel día de campo ocurrió antes de que Gustavo se fuera a Italia a estudiar, estaba en la Berzelius, donde habían estudiado mis papás. María José no había nacido, ni estaba Teté, mi mamá, embarazada de ella. Yo tendría, cuando más, cuatro años, Lolis cinco y unos meses. ¿Por qué de día de campo? Imagino que en la casa de mi abuela se vivía alguna de las tormentas provocadas por mi tía Rosa —que era bellísi-

ma, que vivía con intensidad, como una ráfaga, sus años jóvenes, buscando cómo complacerse a ella y cómo complacer a los demás, sin conseguir ninguno de los dos, intentando conciliar y provocando guerras: por ejemplo, entró al Opus Dei, sin duda porque mis papás estaban ahí, porque a su mamá le parecía un destino decente, y la organización llenó de sinsabores y amarguras a mi abuela; luego, obediente del temor de mi abuela a los hombres, se enamoró de un primo, el hijo de la hermana de mi abuela, alguien de la casa no podía ser peligro, y en su complacencia trajo el escándalo, el enfado de mi abuela y de toda la familia, porque era casi un incesto y porque no era un joven promisorio y trabajador como mi papá lo había sido, como lo era mi tío Gustavo. Qué extraño el destino de Rosa: obediente, desobedecía; conciliadora y complaciente, irritaba e insatisfacía. Se sacrificaba de balde. ¿Y quién pedía el sacrificio? Creo que el sacrificio era sacrificado porque ella era, como dije, bellísima, porque era atractiva, porque deseaba, porque era joven y quería vida, por eso; y, como decía, tal vez por alguna tormenta de estas Gustavo debió sacar a la Mami a pasear para espantarle tristezas y malos sabores. Ahora lo pienso, no lo sé de cierto.

En un momento dado, Lolis se levantó a jugar a la pelota, mientras los “grandes” conversaban alrededor del mantel en el piso, y yo me quedé con ellos. Nuestra pelota era de varios colores. Me bastaba verla moverse para sentir que yo también jugaba. No sé por qué me sentía tan perezosa, tenía un poco de sueño, tal vez, o simplemente estaba contenta con la cabeza apoyada en las piernas dobladas de mi abuela. De pronto mi hermana gritó. Ella nunca se quejaba de nada, tenía el carácter más dulce y llevadero que uno pueda imaginar, el contrario al torrencial mío. Mi hermana mayor era incapaz de un berrinche, de un grito injustificado. Yo la mordía al vapor por cualquier pretexto, como a mi compañero preferido de juegos, Poncho, Pablo Alfonso mi primo —me pasa todavía que me acuerdo de él tal y como era entonces, me dan ganas de ponerme a jugar con él... ¡y de morderlo! Lolis, decía, chilló un ¡ay!, y así como yo respondí saltando como un resorte hacia ella, los demás, también extrañados de oírla quejarse, voltearon a verla: había levantado una piedra del suelo, y le había picado un alacrán que había escondido bajo ésta.

El alacrán era rubio. Cuando un alacrán es rubio, así sea pequeñito como el que miramos en la mano de Lolis, más vale correr al doctor. Esto lo sabía de sobra mi tío Gustavo. Lolis, además, no era una adulta,

una persona de cinco años es mucho más vulnerable al veneno. Subimos todo al coche apresurados, aventando los triques en la cajuela, y nos enfilamos a Cuernavaca, más cercana de donde estábamos que la Ciudad de México. Yo me senté al lado de Lolis. Gustavo hablaba sin parar mientras manejaba lo más rápido posible, y la Mami le pedía que no corriera, “¡por Dios, Gustavo, nos vas a matar a todos!”. Antes de llegar a Cuernavaca, Lolis perdió totalmente la conciencia. No, no estaba dormida. Respiraba distinto a cuando dormía; yo le tenía muy bien medida su respiración nocturna, como desde entonces era insomne... Venía pegada a mí, se apoyaba en mí, desvanecida dejaba todo su peso en mi persona, la boca entreabierta, los ojos cerrados, tan relajados, tan sin resistencia que restaban un ápice abiertos: parecía dormir más allá del sueño. La Mami decía, con voz angustiada, “¡se nos va, esta niña se nos va!”. Recuerdo con toda claridad que me gustó su expresión, que a pesar de lo que estaba ocurriendo yo no compartía ningún sentido de alarma; que observaba, medía, oía, ponderaba, juzgaba y disfrutaba, sí, disfrutaba: era todo nuevo para mí, inédito, jamás imaginado.

Gustavo buscaba en el laberinto de las calles de Cuernavaca la clínica de un doctor conocido. Llegamos. Sacaron a Lolis del coche cuando ya era verdaderamente un fardo. No le quedaba un ápice de voluntad a su cuerpo. Nunca, nunca había sido más hermosa, ni su piel más pálida, ni sus labios más bien delineados.

La sacaron, y Gustavo me dijo, con voz relajada, para tranquilizarme, “ahora la ponen en la plancha, y nos la regresan”. ¿La plancha? ¿La regresan? Ahí no entendí nada, pero no me atreví a preguntar. No quería oír explicaciones, quería comprender de primera fuente. Pedí permiso para entrar con ella. Me dijeron que no, por supuesto. Esperamos mucho tiempo. Lolis no salía. A la emoción seguía la espera. Yo estaba exhausta. Me quedé dormida, y no recuerdo más. Todo quedó de pronto en el pasado.

No sé cómo fue que di con ellos dos en una fiesta tan grande en el rincón más escondido del enorme jardín, tal vez por puro instinto, haber pasado una infancia tan apegadas la una a la otra me hacía saber dónde encontrarla en un pajar. Ahí la descubrí idéntica a como había sido al final de aquel día de campo, en el coche, en la carretera y en las calles infructuosas de Cuernavaca. Mi hermana se estaba yendo, lejos, hasta donde no podía yo más alcanzarla. Me dejaba. Parecía una muerta, mucho más que los otros cadáveres que he traído a cuento.

Se estaba yendo, pero estaba viva, corría hacia algún lugar que me estaba vedado. Se iba, como el corazón abierto que yo había un día visto palpar para mí desnudo. Tenía el corazón abierto. Más todavía: ella era toda corazón abierto. Se desvanecía, pero corría. Esa especie de muerte que la aquejaba no le hendía la punta del alfiler directo en el pecho, reteniéndola como a aquellos insectos en el fondo de cajas de galletas. Estaba clavada a la pared del jardín, pero el bisturí que la hería la despertaba.

No los interrumpí, no me hice notar. No los abordé. La dejé irse; sin sentir remordimiento; me di la vuelta y me perdí no en la multitud que, o bailaba, o, si era mujer, esperaba a ser sacada a bailar, si hombre, pescaba con los ojos a quién sacar a bailar. Me perdí pero sin irme a ningún lugar, sin comprender. No ataba cabos: eso no tenía nada que ver con mi piel, ni con el agua tibia en mi "colita", ni conmigo. Yo no podía simpatizar. Algo se había roto entre nosotras, algo irreparable.

En mi cabeza esta fiesta se liga con otras, las mismas canciones, los mismos vestidos, los zapatos, las medias, el peinado, y de pronto soy yo la que desea, yo la que entra ahí, al punto donde uno puede, de tanta carne, evaporarse.

Habían pasado tres o cuatro años desde que la rana expusiera a mis ojos su corazón palpitante cuando comencé a soñar con ella. En lugar de tener la herida en el pecho, la tenía entre las piernas y sangraba, sangre roja de mamífero. Mi rana de laboratorio se volvía una rana violada. Sus piernas parecían las blancas ancas del aparador del carnicero, teñidas por la sangre de la violencia.

Esa rana era yo. Mi conciencia era para mí lo contrario que la princesa y su beso en el príncipe encantado. Los labios de la bella princesa volvían al sapo un príncipe. Mi conciencia hacía a la bella un sapo. Y al ver al sapo abierto en la improvisada mesa de cirugía del laboratorio de la escuela, estalló algo adentro de mí, algo que me viene aún persiguiendo. O, mejor dicho, el estallido consiguió dónde encarnarse. Vi en la rana abierta mi persona, la herida que me caracterizaba, y la guardé.

La imagen me ha acompañado siempre. Es una contrapropuesta a la del Sagrado Corazón. En el Sagrado Corazón, el Cristo de cabellos largos y mirar beatífico está vivo así tenga el corazón expuesto. Está vivo y no está desnudo. Sólo en el trecho que ocupa su corazón no tiene ropas, aunque hay los Sagrados Corazones que se las arreglan para en-

señar el corazón fuera de la túnica. Ni su corazón palpita, ni tiene las piernas abiertas, ni las tiene tampoco laxas. Tal vez ni las tiene: lo retraían de la cintura para arriba. Su corazón no es su mortalidad, como el corazón de la rana, sino su inmortalidad; no es la confirmación de su carnalidad, sino la ratificación de su carácter no carnal. No está ni vivo ni muerto, pues ni palpita ni mata a la figura. El Cristo es tan espíritu, que le pueden abrir de un tajo el pecho, ponerle de fuera el corazón, y él, tan contento, se queda mondo y lirondo.

Los insectos no tenían cielo: se acababan donde nosotros los poníamos, adheridos con cera de Campeche y puntas de alfiler al fondo de cajas de galletas. Su eternidad dependía del cuidado que poníamos en conservarlos. Morían dormidos: del sueño del éter transitaban a la inmovilidad total. Nuestras mascotas temporales pasaban del juego a la cazuela, un cuchillo intermedio y a veces una retahíla de mentiras para escondernos el puente que habían cruzado. Su eternidad era nuestra, de juguetes pasaban a ser alimento, sin mayor consagración que el fuego de la estufa y las salsas. A veces parecían brincar de aquel lado al nuestro, como cuando la cabeza de la tortuga le mordió el pulgar a tía Luz. La rana del laboratorio no moría. Sus piernas morían por un corte en el pecho. La rana vivía en mis sueños, representando la aproximación de la muerte animal a mi vida.

Mi abuela Lupe, la mamá de mi papá, murió cuando me separé de mi primer compañero, y él fue al entierro. Yo no. No recuerdo por qué, si porque no quería ver a mi familia, dar la cara y ratificar que, no contenta con el escándalo de no haberme casado, ahora abandonaba a mi no-marido apenas cumplidos los dos años de cohabitación, o si no fui porque estaba yo en batalla campal con mi papá. Él fue el lado responsable de nosotros dos, así ya no existiera el dos que habíamos formado.

El dos que habíamos sido es el cadáver visible último que quiero traer aquí a colación. Ya no éramos los dos una entidad. Yo rompí con ese amor porque, creí entonces, me había enamorado de otro. Sí es cierto, me enamoré de otro. Pero las alas de Cupido no son, como lo creían los dioses, hijas únicamente del capricho. Responden a necesidades y deseos previos, caldean el aire donde ese raro pajarraco con cuerpo humano que se llama Amor puede volar. El amor no aparece en cualquier sitio. En mi caso, me enamoraba para huir. Separarme de él fue mi primera huida. Me separé de una persona estupenda con quien

bien pudiera haber hecho, formado, un mundo en común. Huí a lo idiota. ¿De qué? A primera vista, sólo de un hombre genial y responsable que me adoraba y a quien yo también adoraba, y del muy agradable mundo de su familia, a quienes sigo queriendo y siempre seguiré queriendo, de nuestros amigos, en parte porque quería seguir corriendo lejos de mi propia familia. Pero no es el motivo sólido del acto. Me atrevo ahora a revisarlo porque después de esa primera huida, escapé de otro segundo amor, un hombre también estupendo, a quien yo también adoraba, con cuya familia también hice nexos profundos, con quien también pude haberme hecho de un mundo en común, también a los dos años, y tras él hubo un tercer amor, con quien no tuve tiempo de hacer casa, pero con quien he hecho en cambio una amistad a prueba de todo conflicto, y un cuarto, con sus variantes. Por esto, porque no fue que yo haya roto con sólo uno es que me pregunto: ¿de qué huía yo?

Dejé de huir cuando tuve mis hijos e hice un mundo en común con Alejandro. Nunca he sido más feliz, nunca he estado más completa, más plena. De una manera distinta, se coló el espíritu Houdini, y también escapé de él, aunque distinto porque los últimos años los dos escapábamos de los dos. Corríamos al unísono. Ya que me puse simple, diré que así como los quince primeros fueron espléndidos, los últimos fueron tristes. Estábamos juntos pero nos dábamos la espalda, éramos un par de huidos, sin refugio, dos actores responsables a la par del silencio en que habitábamos. Y esa es historia de otra índole, harina de otro costal, en la que no voy a abundar aquí.

¿De qué huía cuando salía corriendo de una buena historia amorosa, como una estampida hacia otra? Quería escapar de formar parte de mi familiar ejército de cadáveres. El amor me hería —porque el amor hiere, abre a los actores—, y antes de que mi cuerpo sucumbiera del todo, yo me echaba a correr. Como si amar fuera a terminar por clavar-me el alfiler en el punto preciso, hasta inmovilizar para siempre mi pecho. Se me cruzaron los cables. De los juegos infantiles y un experimento en el laboratorio escolar, de la cabeza de la tortuga muerta saltando sobre el pulgar de la cocinera yo saltaba a verme a mí misma como el siguiente posible blanco. ¿Por qué no yo, si había caído mi mamá y María José? ¿Qué me aproximaba a ellas? No el piquete de un alacrán venenoso, sino el deseo, el beso, el cariño, el amor. Más amor, más cariño, más posibilidad de ser yo la siguiente de cuerpo inerte. Más riesgosa todavía la combinación amor-estabilidad: a mis ojos comenza-

ba a parecerme a los insectos en el fondo de una caja de galletas. La inmovilidad era aún más peligrosa. Si corría, tendría alguna posibilidad de salvarme. ¿Y la tengo?

Ahora escribo de mis cadáveres para dejar de una vez por todas de escaparme, para, rastreándolos desde el primero, verlos a los ojos y dejar de huir. No esquivo la muerte corriendo de esta manera: me pierdo en cambio parte de la vida. Quiero una vida estable, si esa figura existe, o por lo menos no una que me obligue a huir. Con las huidas necesarias que presenta la vida bastan, las obligatorias no son pocas, ¿para qué desear más?, ninguna falta hace agregarse una identidad Houdini. De joven yo fui Houdini. Fui una maestra de la fuga, abandoné casa tras casa que fundé, me até a cadenas firmes, las que llevaba años construir, y las tumbé para asombro de mí misma.

No podía separarme de las dos mujeres que estaban muertas y habían sido parte esencial de mi vida: mi mamá, mi hermana. Su muerte había coincidido con mi adolescencia, con la muerte de mi cuerpo niño y el nacimiento de mi cuerpo adulto. Yo no las dejaba ir, sin mí, a ninguna parte. Viajaba yo afectivamente en el mundo de los muertos. A menudo me faltaba el aire. El terapeuta dijo que me sobreoxigenaba, que debía aprender a respirar. Me recomendó ponerme una bolsa de papel de estraza en la boca, y respirar un tiempo ahí dentro, hasta calmarme. Yo no me sobreoxigenaba, aunque técnicamente él tuviera la razón: me cerraba los pulmones para aspirar como ellas dos tierra. Nada me había preparado para verlas salir, para verlas abandonarme. Mi hermana mayor me había abandonado también, de otra manera. Y yo había aprendido a cruzar esta línea de abandono. Yo me abandonaba a mí misma. El mundo erótico se abría para mí con una atracción irresistible. Tenía sus peligros. El primero era, en efecto, que obligaba a un abandono. El segundo era que forzaba a una representación de la muerte pequeña. No hacía falta levantar una piedra y encontrar un alacrán mortífero para caer en un sopor que emulaba la muerte, para irse.

Había aprendido a amar, a enamorarme, a desear, a gozar. Pero me había tocado tomar la lección al lado de la muerte de mi mamá y mi hermana. La vida, maestra de todas las cosas, me daba una lección confusa. Yo era muy joven y le tomé al pie de la letra su palabra. Entendí que necesitaba huir si quería salvar el pellejo. Dejé a un espléndido compañero, luego abandoné al segundo, al tercero, al cuarto. Huía porque no quería ser el bicho en el fondo de la caja de galletas, la rana del

pecho abierto, la cara maquillada y serena en el cajón de Gayosso. Huía enamorándome, entregándome, yéndome, engarzando una fuga a la otra. Fui la Houdini, como he escrito aquí.

Como Houdini, no me moriría en alguna fuga equívoca. Me he escapado con el cuello completo. No sé de dónde saco la reserva vital para soportar sin agriarme tantos estrujones, conjeturo que seguramente del cajón de todos mis tesoros, de la infancia. Ahora he comprendido otra lección: no tengo hacia donde correr. Aprendí a hacer una suma equivocada a la hora en que las adolescentes aprenden a viajar en su cuerpo erótico. Ahora deshago la suma equivocada: nadie muere de una pequeña muerte. Y además morir no es lo peor que puede ocurrir en la vida. Pregúntenle si no a mi pollo, el que Hanna (mi querida, mi amada Hanna, Alejandra Bravo Mancera, me acuerdo siempre de ti) sacrificó para aliviarle el dolor en mi cocina.